

Recuerdos de mi padre (Teresol Molinero)

Teresol Molinero, hija del inolvidable arqueólogo abulense que tanto contribuyó a que el apasionante mundo del pasado celta y visigodo perviviese en el presente con garantías de futuro y fuese conocido y valorado en su enorme medida por la sociedad abulense y española, ha agradecido mucho que Juan Pablo López y Carlos Tejerizo hayan puesto en marcha el proyecto de digitalizar todo el legado del descubridor del castro de la Mesa de Miranda, una iniciativa para la que ha prestado todo su apoyo y confianza, además de ceder el riquísimo archivo que conserva de su progenitor.

Esta tarea para sacar del olvido y compartir tanta información interesante, que sin duda ayuda-



Molinero (izquierda) en el castro de Las Cogotas.

rá a conocer mejor no sólo la figura de Antonio Molinero sino también su labor de estudio y defensa del patrimonio, ha despertado en Teresol unos recuerdos que aunque siempre estuvieron vivos han recuperado ahora una intensidad especial. Ese reverdecer de su memoria ha devuelto a Teresol a una niñez en la que toda la familia compartió con su padre una pasión por la arqueología que iba siempre con él, una entrega a ese estudio y admiración del pasado en la que siempre quiso implicar a su familia, llevándola a visitar muchos de los yacimientos en los que él trabajaba... y también convirtiendo a veces su casa en 'taller' de trabajo donde limpiar objetos en-

contrados en las excavaciones, tarea ésta para la que no conocía descanso. En su empeño para que su familia compartiese en vivo y en directo los tesoros que iba descubriendo, recuerda Teresol, Antonio Molinero les llevaba a pisar yacimientos como los de la Mesa de Miranda, Ulaca, El Raso, Madrona, Duratón, Cuéllar... y aunque "éramos muy pequeños para asimilar tanto" aquel empeño ilusionado logró ser contagioso, convirtiendo a todos sus hijos en aprendices de arqueólogo que de vez en cuando encontraban aquí y allá restos que en algunos casos luego fueron identificados como vestigios de notable valor. En concreto, rememora Teresol, cuanto tenía

GRANDE DE ÁVILA



La labor investigadora de Antonio Molinero hizo posible que se salvaran del desastre importantes yacimientos y piezas en las provincias de Ávila y Segovia

DAVID CASILLAS / ÁVILA

Antonio Molinero Pérez, hijo del archivero municipal y de la Diputación de Ávila, nació en 1908 y desde siempre vivió en un ambiente en el que la cultura tenía un peso muy importante. Estudió Veterinaria en la ciudad de León y tuvo su primer destino profesional en la localidad abulense de Santo Tomás de Zabarcos, en 1930, municipio cercano al de Chamartín de la Sierra, donde localizó para fortuna del mundo de la investigación el castro de La Mesa de Miranda.

Fue en ese año de 1931 cuando Molinero visitó a Cabré, que había comenzado a excavar el castro de las Cogotas en Cardenosa, para hablarle de su descubrimiento del castro de la Mesa de Miranda, iniciando en ese momento una profunda y fructífera relación personal y profesional que duraría lo mismo que sus vidas; tanta fue la confianza mutua, que ambos colaboraron en las excavaciones que de inmediato, y dilatadas sin mucha continuidad hasta 1945, se hicieron en el castro y la necrópolis de Chamartín, sacando a luz y logrando consolidar unas ruinas espectaculares que aún hoy siguen asombrando por su belleza, singularidad y grandeza.

Cuatro años después, y tras unos contactos previos con un joven de Candeleda que atesoraba restos arqueológicos hallados en los alrededores de El Raso, obtuvieron autorización para excavar lo que luego demostraría ser un muy relevante castro celta, uno de los más importantes de Castilla y León, pero la guerra civil que tantas cosas truncó también hizo imposible aquel comienzo de investigación... que hubo que demorarse hasta el año 1955.

Tras la guerra fratricida, en la que Molinero estuvo destinado como veterinario en los frentes de Teruel y del Ebro, y al mismo tiempo que ocupaba el cargo de inspector

veterinario de Segovia, el intelectual abulense se encarga también de la responsabilidad de ser comisario director de las excavaciones del Plan Nacional en las provincias de Ávila y Segovia, donde demostró de nuevo no sólo una enorme capacidad de trabajo sino también ser un adelantado a su tiempo en lo que se refiere no sólo a la forma de investigar sino también de organizar y poner en valor los tesoros arqueológicos ya existentes y los de nuevo hallazgo.

Uno de estos últimos lo hizo Molinero en 1945 en Magazos, localidad moraiega donde sacó a la luz los restos de una rica villa romana y un magnífico centauro marino, vestigios excepcionales y hermosos de la presencia de la cultura romana en nuestra provincia que hoy lucen en el Museo de Ávila.

Todos los descubrimientos que hizo en nuestra provincia (y tantos o más firmó en la de Segovia) los compartió siempre Antonio Molinero con la sociedad de su tiempo (demostrando también de esa manera que iba un paso o dos por delante de la mayoría de sus compañeros de oficio), no sólo en forma de documentos para especialistas o comunicaciones sino también en medios de comunicación como El Diario de Ávila, defendiendo con esa práctica su convencimiento de que divulgar la riqueza del patrimonio es una forma fundamental de valorarlo mejor y protegerlo más.

Buen ejemplo de ese afán divulgador de sus descubrimientos, no sólo por darlos a conocer sino por conseguir que la sociedad al conocerlos valorase más esos restos y además ayudar a conservarlos mejor, fue la publicación en 1950, junto con Cabré y su hija Encarnación, de un prolijo trabajo con el resultado de sus trabajos en el castro de la Mesa de Miranda y la Osera (donde a lo largo de cinco campañas excavaron más de 2.200 tumbas y consolidaron una tarea de la que aún parten numerosas investigaciones sobre de la Edad del Hierro), un es-

Antonio Molinero llevaba a su familia a recorrer con él los yacimientos que excavaba

unos «ocho o nueve años» y jugaba con unos primos vio que uno de ellos tenía en la mano una especie de canica que ella intuía que era «una de esas bolas que le gustan a mi padre y que me parecía que era muy importante»..., y no falló en su intuición, ya que era «una canica romana, con agujeros, de las que utilizaban hace dos mil y pico años».

Los buenos deseos y el empeño de seguir los pasos de su padre no siempre eran tan fructífe-



El tritón de Magazos, tal y como lo halló Molinero (en foto suya) y una vez completado.



ros para los cinco hermanos, y había no pocas ocasiones en las que, siguiendo el consejo de Antonio Molinero de que anduviesen atentos a lo que pudiesen encontrar, le enseñaban trozos de cerámica que ellos consideraban 'terra sigillata' pero que cuando eran contrastados por los ojos expertos del profesional recibían, con mucho humor «y paciencia», la respuesta de que «eso es terrapucherata, no terrassigilata». También recuerda Teresol que fue testigo directo, porque ella cogió el teléfono con el primer recado, del descubrimiento del magnífico Tritón de la villa romana de Magazos, ya que fue quien descolgó el aparato para contestar a la llamada «de un señor preguntando por mi padre que decía que, arando unas tierras, habían chocado con algo de color blanco... y allí nos presentamos ¡qué belleza! ¡Se trababa del Tritón de Magazos!»

Uno de los últimos hallazgos que hizo fue sacar a la luz la villa romana de Magazos

tudio titulado 'Acta Arqueológica. El castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)' que editó el Ministerio de Educación a través de su Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Molinero publicó en 1958 otro estudio sobre estos yacimientos en un volumen editado por la Institución Gran Duque de Alba, en la colección Temas Abulenses:

Murió el 4 de marzo de 1983 en Sevilla, ciudad a la que había trasladado su residencia, y poco después se cumplió su deseo de que parte de sus cenizas fuesen esparcidas en la necrópolis de la Osera y el castro de la Mesa de Miranda para que «se mezclen con las de los celtas que allí fueron incinerados hace siglos y que tantísimo han influido en mis actividades intelectuales». Coherente hasta el final, y lleno de romanticismo.



Antonio Molinero durante una de las campañas de excavación que llevó a cabo en el castro de la Mesa de Miranda de Chamartín y en la necrópolis asociada de La Osera. Allí se arrojaron parte de sus cenizas, para que se mezclasen con las de los «celtas que allí fueron incinerados hace siglos».

EL BULEVAR

CENTRO COMERCIAL

facebook.com/elbulevardeavila@ccelbulevarwww.el-bulevar.com

Próximo Domingo de Apertura 2018

marzo

18